



FRANCISCO LEGAZ

La vida no basta



Ganador del II Premio de Libros de Relatos La Vida es Bella



Ediciones
Irreverentes

FRANCISCO LEGAZ

LA VIDA NO BASTA

Ganador del II Premio de Libro de Relatos La Vida es Bella

Colección Cercanías
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De la obra: © Francisco Legaz

Abril de 2011

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-91-0

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones

Diseño de cubiertas y composición: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España

ÍNDICE

MI TÍO Y YO	7
GOMAS DE BORRAR	11
MIS PADRES	15
VIAJE EN MOTO	17
UNA GRAN ORQUESTA	23
SUEÑO QUE SOY TU SUEÑO	31
SIEMPRE APRENDIENDO	35
EL FAMOSO CASO DEL GOLPE EN LA CABEZA	43
ERIKA Y LAURA	55
EL TRATAMIENTO	59
DENTRO DE ÁNGELA	65
DAR TIEMPO	71
ARROZ CON PESCADO EN HIROSHIMA	77
ALGUNAS MARGARITAS EN LA AUTOPISTA	83
EL AGUA	87
LA ONIRONAUTA	93
LAS CORTINAS DEL SALÓN	109
A USTED LE DIGO	115

MI TÍO Y YO

Mi tío, del que yo era sobrino único, era un gilipollas que vivía solo y estaba obsesionado con los viajes espaciales. Me repugnaba verle fumar en su pipa, pero mi madre siempre decía que daba gusto verle con su cachimba, junto a la ventana, con los pies en una estúpida banqueta. Hubo incluso algún idiota que dijo que la pipa era como una nave espacial.

Se pasaba la vida fumando en su pipa, junto a la ventana, con los pies subidos a aquella repugnante banqueta, diciendo gilipolleces de vez en cuando. Yo veía que sus tobillos se iban hinchando cada vez más pero nunca le dije nada, ya que lo último que haría en mi vida sería avisar a mi tío de que algo iba mal.

Mi madre era alérgica a muchas cosas, al pelo de gato, al polen de las gramíneas, al epitelio de los perros, y a unos hongos de los que no recuerdo el nombre, y por este motivo siempre andaba la pobre estornudando cada dos por tres. Un día mi tío la escuchó estornudar en mi presencia, y se puso a explicarme la historia del constipado de mi madre. Me contó el imbécil que mi madre quedó resfriada para siempre una tarde en una excursión al río Jarama. Yo pensé en el famoso Jarama de Sánchez Ferlosio, pero no. Lo que me contó es que andando ella por el borde del río, y habiéndose quedado la tarde demasiado fresca para ser el mes de Abril, mi madre resbaló y cayó al agua. Recordaba mi tío, que no paró de tiritar hasta que no llegaron a casa, y que al día siguiente tenía fiebre y no fue al colegio. Y entonces, según él, esa era la causa de que quedara resfriada para siempre.

Las visitas a casa de mi tío, se iban espaciando cada vez más. Yo ya tenía doce años, y cada vez que mis padres hablaban de ir a verle, yo

intentaba por todos los medios librarme de aquello, pero no había forma y siempre tenía que tragar con ir a verle.

Un día fuimos a ver al imbécil de mi tío por la tarde. Resultó que hacía pocos días que el hombre acababa de hacer la absurdez de ir a la luna y, como no, se dispuso a comentar conmigo el asunto de aquel viaje. Era su tema favorito.

La cosa se puso mal enseguida. Lo primero que hizo fue preguntarme por mi opinión sobre los viajes espaciales. Yo le contesté que todos los viajes son espaciales. Mi madre, que nos estaba escuchando mientras se sonaba la nariz, inmediatamente reaccionó y me propinó una sonora bofetada. Yo intenté explicar que aquella frase no era mía, sino que la había leído en una entrevista que le habían hecho a un tal Borges, pero fue imposible, porque me mandaba callar cada vez que lo intentaba, así es que les dejé a todos que siguieran en su estúpida ignorancia.

Cuando la tormenta se calmó, mi tío volvió a la carga. Estaba empeñado en decir que él habría sido un candidato perfecto para aquel viaje espacial. Yo me moría de la risa pensando que no admitirían a gilipollas para ser astronautas, pero me aguantaba ya que mi madre, con la nariz más roja que nunca, no se perdía detalle de lo que iba aconteciendo y yo temía por la integridad de mi cara. Mi tío explicaba que él, desde su ventana, llevaba años observando a la luna, como hacen muchísimos tontos, aunque sé que hay otros que se pueden pasar las horas muertas mirando un escaparate, observando un jamón. Y aquella contemplación del astro, le habían ido llevando a la conclusión de que ir a la luna, era una tarea imposible. Yo, mirando a mi madre de reojo, traté de suspender mi incredulidad por un rato, y me atreví a preguntarle, no sin pensar en los tortazos posibles, que si él creía que realmente nadie había ido a la luna, a pesar de las noticias y la publicidad. «Hijo, te voy a decir la verdad» Me dijo esta frase como amenazando. Yo miré a mi madre, y vi como se sonaba la nariz, con lo que parecía que mi pre-

gunta, no provocaba de momento reacciones adversas. «La verdad es que ningún ser humano hasta la fecha, ha conseguido salir de la atmósfera terrestre, ya que es materialmente imposible».

Cuando me dijo esto pensé: «bueno, no parece tan tonto el imbécil este», aunque también me di cuenta de que no deja de ser humillante para cualquier persona, saber que hay tontos que te pueden enseñar algo, aunque sean tonterías. Aunque con el tiempo he aprendido que los imbéciles son muy abundantes, y por supuesto que enseñan a diestro y siniestro. Así es que entonces, le dije: —¿Tampoco te crees la historia de la perrita Laika que dio 150 vueltas a la tierra? Mi tío, sorbió una bocanada de humo de su cachimba y me la arrojó a la cara, como tenía por costumbre, y mientras yo me recuperaba del ahogamiento tóxico, el se puso a mirar por la ventana a la luna. Guardó silencio durante unos instantes como pensándose la respuesta, pero a continuación me empezó a tocar el muslo por dentro. Yo no me lo podía ni creer. Me tocaba igual que lo hacían algunos profesores del colegio. A todo el mundo le gustaba tocarme los muslos. Pero como este que me tocaba aquel día era mi tío, me estuve quieto y aguanté como pude. Me dijo entonces: —¿Tú no tendrás por ahí algún amiguito, ya me entiendes, que le gusten... sabes cómo te digo? En ese momento mi madre, que había ido a por el rollo de papel al servicio, porque se le habían acabado los pañuelos, entró en la habitación. Y mi tío, soltándome bruscamente la pierna me dijo: —«la perrita Laika murió a la cuatro horas del lanzamiento, ya que se le acabó el oxígeno, y además no resistió el calor que hacía dentro de la nave. Nave que por cierto se quemó con ella dentro, y de la que no se encontraron ni los restos carbonizados.»

Mi madre que venía desorientada del baño, nos dijo: —¿Pero qué es eso de la perrita Laika? Como mi tío estaba sorbiendo por su cachimba, y normalmente tardaba más segundos de la cuenta, contesté yo: —«Es la perrita de Luis, un compañero de mi clase. Al tío le gustan los

perritos, y Luis se la va a traer a casa para que la vea». —«Pero... —dijo ella— ¿Lo sabe su madre? ¡Que no quiero líos! —Bueno le voy a pedir yo permiso. ¿Verdad tío? El tío fue a soltar el humo y a la vez dijo que sí con la cabeza, pero se atragantó. Empezó a toser y no paraba. Todos disimulábamos al principio, como se hace en estos casos, pero llegó un momento en que se puso azul del todo. Era un bonito espectáculo

Todo ocurrió muy rápido. Mis padres llamaron a urgencias y tardaron una media hora en venir. Treinta minutos que resultaron fundamentales para que se muriera ahogado como un perro. Cuando llegaron los sanitarios, el pobre hombre estaba más tieso que una garrota.

Mi tío era soltero, y en su testamento me declaró a mí su heredero universal. Yo ya lo sabía porque a veces me dejaba revolverle entre los papeles de su despacho, y un día, mientras se fue a mear, leí el testamento, pero no dije nada ni a él ni a mis padres. Ayer cumplí los 18 años, y al ser mayor de edad he tomado posesión de todos mis bienes heredados de mi tío. Un dineral y dos pisos en Madrid y uno en la playa.

Por todo esto nunca más he vuelto a decir aquello de que «de los tontos no te puedes esperar nada bueno»

GOMAS DE BORRAR

Llevo tantos años tachando que se puede decir que soy un profesional de la tachadura. Tanto es así, que incluso mi propia identidad, me parece un error, y siempre he querido ser otro y estar en otro lugar. Empecé a tachar muy jovencito, a los tres o cuatro años. Tacharlo todo y volverlo a escribir. La goma de borrar: la de nata, la Milán, la que va en el mismo lapicero, sus olores... Los errores que me han acompañado toda la vida. El complejo de culpa y la frases... «no prestas atención»... «niño no te fijas». Los primeros años pensaba que era un problema sólo mío. Creía que estaba loco sin que nadie lo supiera, delatándome sólo por los errores que aparecían de vez en cuando. Pero enseguida empecé a ser consciente de que también los demás cometían equivocaciones. Yo no era el único que tenía que borrar. Parece que es una cuestión, esta de los errores y las tachaduras, bastante humana. Me atrevería a decir que el tachar va con nosotros. Mejor dicho; lo que va con nosotros es el aventurarnos constantemente, de forma hablada, escrita, o hasta con nuestras propias acciones, a cometer errores. Vivimos siempre actuando bajo puros prejuicios. Compramos, por ejemplo, un libro por su aspecto o por el nombre del autor, arriesgándonos a que no nos guste. Y lo malo de todo esto, es que nuestros errores y los de los demás, tienen enormes consecuencias para todos. Recordemos la famosa frase: «el grave accidente se debió a un fallo humano». Fallo que no pudo ser tachado, borrado o corregido sobre la marcha. Y por todo esto, viene el caso el que os cuente un pequeño recuerdo. Se trata de la historia de dos personas, Irene y Ricardo, que fueron importantes en mi vida. Ambos murieron hace ya algunos años como consecuencia de un fatal accidente de tráfico, pero les ocurrió algo que, por pura sencillez, encierra

una hermosa y profunda lección. Parece que se equivocaron, que cometieron un error, y hoy me ha venido a la memoria su historia.

Ricardo se levantó una mañana cualquiera, concretamente esa, después de haber pasado una noche intranquila. Apenas había conseguido dormir más de dos o tres horas, dándole vueltas a lo que tenía planeado hacer aquel día. Pero se levantó decidido a dar el paso que rondaba por su cabeza desde hacía varias semanas. Se dice que muchas veces el sueño o la noche, nos ayudan a tomar decisiones. «Lo he soñado» decimos, cuando una mañana, por fin, parece que hemos decidido cambiar el rumbo de nuestra vida en cualquier dirección. Llamó a Irene, su novia, y concertó como siempre la cita para aquella tarde.

Cometer un error y corregirlo. Un día descubres que tu mejor amigo te ha fallado. No esperabas eso de él. Y decides borrarle, tacharle de tu vida. Te equivocabas cuando descubres que la confianza en él era un error. No te dio lo que tú esperabas. Una decepción dicen que es lo peor. Y cuando pasan los años, cinco o diez, un día te acuerdas de él y te sientes mal, porque el tiempo que es la mejor goma de borrar que existe, ha eliminado el sentido del enfado de aquel momento pasado, y hoy la memoria te trae a tu amigo al presente, ya limpio y desinfectado de toda aquella sucia contaminación. Por eso te sientes mal, porque tú sigues aún sucio y contaminado, sin haber corregido tu propio error. Ricardo, como todo el mundo, tenía experiencia en estas cosas, pero continuó con el día, igual que hace todo el mundo, como si nada.

Cuando Irene escuchó la propuesta de Ricardo se emocionó un poco. No mucho porque era algo que ella presentía que pronto iba a ocurrir. No era un viaje a las antípodas, o un crucero por las islas Griegas. Se trataba de algo simple y repetido en cualquier rincón del mundo hasta la saciedad. Un hombre le pedía a una mujer que se casara con él. Nada original. Ella lo esperaba hacía ya tiempo y al final él se había decidido por fin. Ricardo después, cuando se despidieron con un tier-

no beso y se quedó solo, pensó que había sido demasiado precipitado. Tenía la sensación de que se lo había pedido sin mucha reflexión. Cualquier película, novela, revista o serial televisivo, repiten esto mismo constantemente. Peticiones de mano, anuncios de compromiso, presentaciones en sociedad. La gente se casa. La sociedad está diseñada para las familias. Incluso hay partidos políticos que lo dicen en sus programas: «haremos esto o aquello por la familia». La familia humana, dicen que es el núcleo en el que se sustenta toda la sociedad.

Irene y Ricardo se casaron al cabo de unos meses. Y comenzaron así el nuevo plan de vida, que antes millones de personas en todo el mundo habían comenzado también.

Ilusiones y proyectos que, como ocurre a veces, pronto se esfumaron. Firmaron el acta judicial del divorcio con la sensación de que habían cometido casándose un tremendo error y a la vez estaban cometiendo otro igual o mayor divorciándose. Y a pesar de las recriminaciones mutuas, el complejo de culpa planeaba por encima de sus cabezas. Mas que firmar, lo que en realidad hicieron fue tachar aquel error. Después de aquellos años juntos, se dieron cuenta de que no habían llegado a nada.

Fue necesario que Irene y Ricardo se divorcieran, para que sus siguientes relaciones de pareja fuesen más tranquilas y felices. Por lo tanto a ambos les quedó en la memoria, una pequeña huella de agradecimiento del uno para el otro. Al fin y al cabo aprendieron de sus errores compartidos, errores gananciales, por lo que se puede decir que eso sí lo compartían, aunque fuera lo único. En el fondo, ambos sabían que parte de su actual felicidad, se la debían mutuamente.

Pasaron los años y los dos, cada uno por su lado, volvieron a casarse. Tuvieron hijos, se equivocaron mil veces más y se fueron haciendo mayores, hasta que un día, después de veinte años, se encontraron de forma inesperada. Los dos habían ido a la oficina de correos a recoger una

carta certificada. Ricardo tocó el hombro de Irene. Se fijó en que estaba igual, salvo que parecía mucho más delgada. Ella, cuando se dio cuenta de quién era, no pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro. Tomaron café a la salida de correos, se citaron para otro día, y pronto volvieron, después de casi veinte años, a hacer el amor. Ahora ya no sabían que tachar. Todo era un error. La vida entera es un aprendizaje en el que siempre hay que andar corrigiendo y rectificando, y a veces tenemos la sensación de que estamos aquí por una serie de errores encadenados uno detrás del otro. Todo parece que es un puro azar. Pero la realidad es que un error es tanto más peligroso cuanto mayor sea la cantidad de verdad que contenga. Y en el caso de Irene y Ricardo, el error, estaba lleno de verdad.

Yo mientras tanto, he seguido tachando y corrigiendo mis errores toda la vida. Ayer fui a visitar la tumba de Irene, mi esposa. La limpié cuidadosamente y le puse flores frescas. Sé que, a pesar de todo, nos queríamos.

MIS PADRES

Me parezco a mis padres; a los dos. Tristemente desaparecieron de mi vida, por sendas enfermedades, a edades estúpidas y con el paso del tiempo les voy viendo en los espejos, en los escaparates, voy escuchando sus frases, su humor, sus manías, sus miedos y todo el despliegue humano que llevaban encima, porque todo eso lo llevo dentro de mí y va aflorando lentamente a la superficie, como el tiempo que gotea sobre nuestras cabezas. Y así cada vez están más cerca y me son, a pesar del paso de los años, más familiares y reconocibles ahora que antiguamente. Y han dejado de ser seres extraños y ajenos para incorporarse a mi vida cotidiana, con sus defectos descubiertos con sorpresa y sus virtudes que, inocente e ilusionado, trato de imitar sin conseguirlo nunca del todo, aunque a veces me quiera creer que casi lo he logrado.

Están en mi cuerpo y en mi cerebro y, sin saberlo ellos mismos, se apropiaron de mí para permanecer en este mundo, dejando así su huella que se va haciendo más intensa y profunda a cada momento. A veces dudo de si no seré yo ellos mismos transfigurados en mí. Estoy más delgado que ella, y soy más abierto que él, pero da igual. No soy más que el producto de un deterioro, de una distancia de ellos, pero mi esencia está habitada totalmente por mis padres; por los dos. Y enamorado o solitario, se asoman a mis labios en forma de palabras que aprendí en su casa, mientras crecía, escuchándoles con atención, o haciéndome el distraído para hacerles sufrir un poco. Y esas palabras, que no son más, que son de ellos, y de las que me he apropiado descaradamente, ahora que ya no están, las utilizo sin pudor y sin miedo a sus miradas cómplices y silenciosas si me escucharan. Y si voy al cine con alguien, me imagino a mi madre sentada a mi lado, con la merienda preparada, y una botella de cris-

tal llena de agua, y la veo mirar a la pantalla sin pestañear, y yo trato ahora de mirar esas pantallas, para adivinar qué es lo que ella miraba. Lo voy sabiendo lentamente; ya casi lo sé, pero aún no estoy seguro. Me miro las manos y también les veo allí, entre mis nudillos y mis dedos.

Me falta un poco más de tiempo.

VIAJE EN MOTO

Hace tiempo leí en alguna parte que la mentira tiene fuerza y mueve el mundo y desde entonces he creído firmemente en esto y me he aplicado a mentir con intensidad, llegando incluso hasta mis propios límites, en los que he agotado mi propia capacidad de fabular.

Escribiendo siempre trato de impresionar a mis posibles lectores y por eso redacto en los límites la mentira y mis anotaciones en el diario tienen siempre síntomas de literatura fantástica sin serlo en absoluto. Todo lo que cuento en estas páginas es verdad, aunque esté en esa frontera extraña, que separa la realidad de la fantasía.

Este fin de semana hemos hecho un viaje en moto y, mientras escribo estas palabras, me imagino todas esas curvas que hemos cruzado, planteándome la misma dificultad que las palabras. Cada frase es un problema que no se resuelve en la siguiente, sino que se repite de nuevo de otra forma distinta. Y subidos en la motocicleta no nos sirve escribir el borrador de la carretera, para luego corregirlo tranquilamente, sino que hay que tomar las decisiones sobre la marcha. Ella se ha colocado, como siempre, detrás de mí. Se sube con suavidad porque tiene miedo de que pierda la estabilidad y antes de arrancar nos vayamos al suelo. Me ha hecho después la señal de siempre, y hemos comenzado nuestro viaje. Un viaje largo de varias horas de duración. Escribo en tiempo presente, para darle más verosimilitud a la historia. El pasado es un tiempo triste y más si es pretérito imperfecto que encima es melancólico.

Las líneas avanzan rápidamente en la página en blanco. A veces tengo que detenerme en algún semáforo en rojo y mientras aprovecho para pensar. Lo tengo todo muy claro igual que un dios extraño que

veía las cosas sin ninguna deformación ocasionada por los sentimientos o los prejuicios. Por eso quiero escribir con palabras, que no contengan grandes emociones. Quiero tranquilidad, serenidad. No quiero estar nervioso. Es arriesgado conducir la moto sin esa serenidad. Ella parece tranquila y concentrada. Veo por los espejos retrovisores su cintura. A veces creo que va mirando las calles, los cruces. Nos aproximamos ya a la salida de la ciudad. Me apetece acelerar, pero no quiero que se sienta insegura y conduzco con mucha suavidad. Las líneas van creciendo a un buen ritmo. Trato de apoyarme en el sentido común de mis posibles lectores y procuro no inclinarme demasiado, porque sé que escribiendo uno está solo y es muy fácil equivocarse. Por eso en las primeras curvas de la autopista, tengo miedo de que las ruedas no agarren bien el asfalto y nos caigamos los dos. Sé que una escritura hecha con cariño y atención, es suficiente para justificar el paso por la tierra de un ser humano.

Ella a veces, cuando siente que la observo, me toca en la cintura o en el hombro, para transmitirme que está bien, que continúe así. Conducir una moto, al igual que escribir, es muy peligroso, porque tarde o temprano revelamos nuestra impericia, pero su mano me da seguridad.

Comienzan las largas rectas y me inclino un poco sobre el depósito para evitar que el aire me mueva y me moleste. Siento que ella hace lo mismo, como si compartiera conmigo esas sensaciones. Y en ese momento, como ahora, noto que todo va a salir bien, que ya no pararé de escribir, que llegaré a mi destino con ella.

Voy contemplando las cunetas sucias, llenas de desperdicios que, como aberraciones de la ruta, ensucian la imaginación. Pero miro al frente y veo como los acontecimientos van ocurriendo y se van plasmando. Y las palabras van creciendo y alejándose de la primera que escribí. Acelero suavemente. Observo cada metro que avanzamos, que dejamos atrás testigo de nuestro paso. Quiero que mis trazados en el asfalto sean perfectos, como si fuese un dibujante que traza líneas limpias y

sin titubeos. No quiero escribir historias que nadie pueda leer. No quiero fabricar vasos que no sean capaces de contener agua, perdiéndola por mil agujeros. Quiero que lo que escribo sea leído y sirva para algo.

El depósito de la moto ha empezado a avisar de que se está vaciando, con lo que dejo de escribir durante unos días para documentarme. Escribo siempre lo que me gusta escribir, aunque casi nunca coincide con lo que pienso. Miento para darme la satisfacción de construir más belleza de la que soy capaz de ver y sentir con mis propios medios. Nos bajamos de la moto un poco aturridos. Llevo muchas horas escribiendo y necesito reponer energías. Pienso en mi compromiso con esta historia. No puedo dejarla aparcada en una gasolinera. Tengo que seguir avanzando, para llegar al final del trayecto. Me siento comprometido con mi propia conciencia y, en contra de muchas opiniones, pienso que se puede escribir de cualquier cosa, incluso de un viaje en moto.

El olor de la gasolina no me gusta. Ella dice que huele bien y me vuelve a tocar con sus manos. Me gusta más que me toque en la cafetería de una gasolinera que en la moto. En la cafetería me toca en el pecho, en la moto en la espalda. Me gusta mucho que me toque y se lo digo. Ella sonríe y yo me siento feliz, porque me doy cuenta de que vivo lejos de las cosas más feas. Entonces ella, mientras se toma su café caliente despacio, me pide que corra un poco menos. Voy demasiado deprisa para su criterio. Siempre le doy mis escritos para que los lea. Me hace un gran favor. Me gusta observar su cara mientras lee lo que escribo. Trato de detectar en su rostro, signos de sorpresa o agrado. Cuando conduces una moto y llevas detrás de ti a la persona más importante de tu vida, tienes que olvidarte del amor propio y prestar atención a todas las indicaciones que ella te hace. Sería de necios no escucharlas.

Después del descanso continuamos nuestro viaje. Ahora parece que no escribo a la misma velocidad, como si la idea que quería contar, ya estuviese contada y tuviera que rebuscar en mi memoria, o en mi

imaginación para continuar. Si aspiro a la inmortalidad con mi escritura, es porque me creo que un futuro lector perderá su tiempo leyendo mis palabras. Me tengo que concentrar en lo que estoy haciendo para tratar de llegar hasta el final, porque sé que llegará el día en el que todo concluya, incluso esta anotación del diario, que parece eterna. La tenía en la cabeza antes de escribirla, pero ahora, según la voy contando, me doy cuenta de que las soluciones que se me habían ocurrido, realmente no son soluciones y entonces tengo que buscar en otros lugares, hasta descubrir como es esta historia, porque la voy descubriendo según la voy escribiendo.

Tomamos la desviación que nos indican, debido a que la autopista está cortada por unas obras. Una pequeña fatalidad inevitable, de la que nos hemos dado cuenta sólo al estar cerca. Antes no sabíamos nada de su existencia, pero ahora viajamos por un camino paralelo, que nos conduce a otro lugar. Miro por los espejos retrovisores y ahí está. La veo a mi lado confiada. Está segura de que, aunque tomemos infinitas desviaciones, llegaremos juntos a nuestro destino. Volvemos a la autopista. Cuando llevamos una hora de viaje, en esta segunda etapa después del descanso, percibo signos de cansancio en su cuerpo. Llevo dos días sin escribir, por lo que deduzco que las ideas están buscando la manera de adquirir forma de palabra. Su cabeza hace pequeños recorridos por mi espalda. Parece que se está durmiendo. Yo aprieto mis codos contra sus rodillas, pero al cabo de un instante vuelve a hacer lo mismo. Es el pequeño inconveniente de escribir un diario, en el que vamos anotando nuestras impresiones personales de todo lo que nos ocurre. Un día descubres, ante ti mismo, que no escribes más que cosas sin importancia. Y es posible que lo que no cuentas, porque lo has descartado, sea lo más importante, o lo único que de verdad merecía la pena.

Un día pensé que no merecía la pena escribir historias en las que aparecieran máquinas, pero releo las páginas del diario y no hay otra cosa que

máquinas por todas partes. Una máquina de escribir, un viejo molino, un ascensor, una máquina de liar cigarrillos, y ahora una motocicleta. Tristes inventos ingenieros que tarde o temprano no servirán para nada. Me pregunto si esto que estoy escribiendo ahora, no servirá para nada. Si estará escrito ya por otra persona que hizo este mismo viaje o, peor aún, otro viaje distinto, pero con las mismas consecuencias.

Tengo calor. El sol ya tiene la fuerza suficiente para calentar y la ropa que llevamos que, hasta este momento cumplía perfectamente su función, empieza a estorbarnos y ya no es tan adecuada como cuando salimos por la mañana. Entonces releo lo escrito mirando en el mapa de una gasolinera en la que estamos descansando de nuevo, mientras ella está en el baño y compruebo que nuestro destino está ya muy cerca y también compruebo que estoy muy solo, que viajo solitario, que no hay nunca nadie a mi lado. Que como mucho, puedo esperar de los demás una comprensiva indiferencia por todo lo que hago.

Algunas personas se quedan mirando nuestra moto. Se paran delante de ella unos segundos y luego continúan sus pasos, olvidando rápidamente lo que han visto. Da igual que los tubos de escape sean aún los originales, o que las ruedas estén nuevas. Da igual el nombre de la bonita marca japonesa del ingenio, o el color de su depósito otra vez lleno. Cada cual está en sí mismo y podemos hacer muy poco por las personas que se cruzan en nuestras vidas, al igual que ellos pueden hacer poco por nosotros.

La veo venir caminando hacia mí y me doy cuenta de que es simplemente una extraña, que ha decidido pasar un tiempo a mi lado. Lo mismo ocurre entre los padres y los hijos; cada uno vive aislado, envuelto en su propia nube, en su propio misterio. Y me dan ganas de decirle que no continuamos; que nos volvemos para casa.

Quiero dejar de escribir. Tengo ganas de arrancar estas páginas y que no figuren en mi diario. Las veo sosas y sin mucho sentido. Veo que

quiero demasiado a mi motocicleta y, por este motivo, la vigilo con cierta intolerancia. No consiento que pierda ni una gota de aceite. Me molesta que haga ruidos que yo no he provocado, o que se dirija hacia lugares, a los que yo no la llevo. Pienso en la cuneta que nos espera al menor descuido. Pienso en la papelera, que abre y cierra su hambrienta boca, esperando su alimento de historias inconclusas y que nunca está saciada del todo. Escribo frases, que no suenan como yo quería. Acelero y escucho un rumor de válvulas, que nunca antes había escuchado. Volvemos para casa.

Ella protesta. Quiere continuar, pero yo ya no soy capaz. Entonces dice que nuestro destino es nuestra casa, demostrando su gran sentido de la realidad. Yo, más teórico, quería simplemente volver a casa, para desandar el camino. Ella piensa que es el lugar a donde tenemos que llegar.

Volvemos a la ciudad. Dejamos atrás la autopista y de nuevo nos enfrentamos a nuestros semáforos de siempre. No hemos acertado el camino, porque la vida es camino y nada más. No hay llegada hasta el final y si un día decides arrojar tu vida por la ventana, no estás haciendo nada en realidad, porque la vida es tirarla por la ventana como un loco que arroja sus pertenencias a la calle, sin cuidado. Llegamos al garaje, bajamos la rampa y aparcamos. Ella está muy enfadada. Ha querido reformarme pero no lo ha conseguido. Yo estoy algo contento. Acabo de hacer un montón de kilómetros sin ningún sentido, pero eso es precisamente lo que más me gusta. Y, como dijo un pensador: «De acuerdo, nadie me quita lo bailado, pero ¿quién me lo devuelve?»

Y es que la vida es tan corta, que ni siquiera tienes tiempo para madurar un poco. Espero que mañana, mi moto vuelva a arrancar como siempre.

UNA GRAN ORQUESTA

Cada instrumento ocupa un lugar exacto. Los violines, a la izquierda; los vientos, la percusión: todo está en su sitio. Lo aprendí hace muchos años. Compré en una feria de libros antiguos, por muy poco dinero, un librito que aún conservo, en el que se detallaba cómo se sitúan en el escenario todos los componentes de la orquesta sinfónica clásica.

Mario posee profundos conocimientos de música. Es evidente nada más entrar en su casa. Solfea con una fluidez extraordinaria. También lee partituras con rapidez, sin confundirse en una sola nota, y, lo que es mejor, las interpreta en su piano de pared —la mitad de cuyas teclas ya no suenan—, aunque nunca las haya ensayado o siquiera las conozca. Mario parece un genio; es un genio, pero su genialidad está enferma. Me atrevo a decirlo porque todo indica que Mario no está bien, ya que lleva muchos años sin salir de su casa, está sucio, apenas come, y su casa es una leonera. Dicen que Mozart era así, capaz de interpretar cualquier partitura de inmediato y en varios instrumentos sin haberla ensayado ni una sola vez; pero Mozart era otro asunto. La casa de Mario está muy desordenada, muy sucia. Uno tiene la impresión de estar en la casa de un mendigo con el síndrome de Diógenes, de alguien que no ve lo que está ocurriendo a su alrededor, de alguien que nunca recoge nada, que nunca limpia. Está inundada de papeles, en concreto de partituras; se apilan formando montones que llegan hasta el techo. En una habitación en la que ya no se puede entrar desde hace muchos meses, guarda la primera parte. Cuando Mario muera, nadie encontrará la primera partitura de la primera parte. El Ayuntamiento tendrá que encargarse de limpiar la casa, y todas esas páginas abigarradas, llenas de notas, dormirán en algún basurero si antes alguien no las quema.

Me fijé en especial en la colocación de los violines. Primer violín, segundos violines, a la izquierda del escenario; bajo la mano izquierda del director; bajo las órdenes de su hemisferio derecho cerebral. Una hemorragia, un aneurisma roto en ese lugar, y los violines quedarán callados para siempre.

Mario lleva diez años componiendo una obra para tres orquestas, cuya representación ha conseguido que dure doce días exactos. Doscientas ochenta y ocho horas de música ininterrumpida. Tres orquestas en tres escenarios contiguos, bajo las órdenes de un solo director. Para representarla, dice que será necesario construir un auditorio especial con tres salas contiguas. Él lo sabe desde el primer día, pero cree que si la obra merece la pena, el auditorio triple se construirá. Las trompetas, los trombones y las tubas, delante de los fagotes; y estos, delante de los oboes.

José se jubiló a los cuarenta y cinco años de edad por enfermedad de la vista, y desde entonces no se dedica a otra actividad. Ahora tiene setenta y cuatro y, en este tiempo, asegura que ha logrado recopilar todas las alineaciones de todos los equipos de fútbol del mundo, de la primera y de la segunda división, de todas las temporadas, de todo el siglo XX. Lo que más placer le produce es que le pidas la alineación de un equipo de una ciudad remota de Azerbaiyán, por ejemplo; de la temporada 1939–1940, sin ir más lejos. Entonces agarra sus muletas, que, hasta ese momento, habían reposado apoyadas contra la pared, y penosamente se levanta. Y en aquella inmensidad de archivadores que tapizan todas y cada una de las paredes de su casa, encuentra justo lo que le has pedido. Te lee de carrerilla los nombres imposibles de todos aquellos jugadores, que suenan a inventados, añadiendo una baja en el mes de marzo y el nombre del jugador sustituto.

En la parte de atrás se sitúa la percusión; todos los instrumentos que la componen ocupan cada uno su lugar exacto en la parte trasera, la parte más alta del escenario. A veces, el director se pone de puntillas

para hacer sonar los tímpanos o cualquier otro instrumento por esa zona. Los percusionistas dan la sensación de aburrirse; apenas tocan en muchas obras, pero son imprescindibles. En realidad, muchos compositores escriben primero la percusión y luego todo lo demás, como si los ritmos percutidos fueran el esqueleto de toda la obra; los latidos del corazón de la composición. Mario me dice que compara la música, en sus diversos aspectos, con funciones corporales como los latidos del corazón o el ritmo de la respiración. De hecho, se sabe que las composiciones que llegan a lo más profundo del alma humana son aquellas que asemejan sus ritmos a los corporales. Pero cuando Mario te explica algo, enseguida adviertes que él no está bien. Su verbalización es extraña e inquietante.

Mario terminó la percusión hace varios años. Ahora está centrado en la parte coral; en los tres coros completos con todas sus voces, incluidas las blancas, porque sus tres orquestas son completas.

Es recomendable que en la elección de los materiales de la pared del fondo del escenario predominen las maderas, ya que se trata del material más adecuado, desde el punto de vista acústico, para un escenario. En casa de José no queda visible ni un centímetro de pared, incluidos por supuesto la cocina, los pasillos, el cuarto de baño y los montantes superiores de las puertas. Algunos años tienen menos contenidos, ya que se suspendieron las ligas de fútbol a causa de las guerras. Parece increíble que otros años estén completos, a pesar de que siempre se declaren guerras o algún país sufriera una hambruna, por ejemplo; pero el fútbol siguió absurdamente jugándose.

En la obra de Mario hay tres pianos por orquesta. Esto —aunque se contempla en el libro que me compré sobre estos interesantes temas— crea el problema de desplazar a los violines hacia la izquierda, o de ocupar su espacio, invadiéndolo con los pianos. Entonces hay que tener en cuenta que el primer violín y el primer piano no pueden estar juntos, con lo que el violín deberá ocupar, de manera excepcional, el

lado derecho del director, aunque este seguirá dirigiéndolo con su hemisferio cerebral derecho.

José se siente enfermo. Ahora nota que la vida sí que va en serio, y le preocupa el futuro de su colección. Ha pretendido donarla a varias instituciones deportivas o municipales, pero todas se la han rechazado. Tan sólo ha conseguido que una cadena de televisión se presentara una tarde en su casa y le hiciera una breve entrevista, mientras el cámara rodaba los archivadores en el salón, los dormitorios, la cocina, el cuarto de baño, debajo de las camas... El reportaje ni siquiera se llegó a emitir. A José le aterroriza pensar que su material acabará perdiéndose.

Algunos músicos, sobre todo los que tocan pequeños instrumentos de percusión, tienen que ponerse de pie para ejecutar su parte de la obra. Esto está contemplado. Algunos parece que nunca se levantan, como si nunca llegaran a tocar y permaneciesen ahí sentados de relleno, olvidados por el compositor. Pero ellos están allí; deben estar, como si su presencia fuera necesaria por motivos acústicos o de resonancia de otros instrumentos. Porque todo cumple su función, aunque para el público la mayor parte permanece oculta salvo las notas que se escuchan, de forma que se puede asistir al concierto con los ojos cerrados y, aunque sólo se perciba el veinte por ciento del total del trabajo del compositor, esto basta. Mario aún no ha abordado este problema. Lo pospone, aunque sabe que cada vez le queda menos tiempo; a pesar de que lo aprovecha a conciencia, privándose de comer o a veces hasta de dormir. Su única debilidad es el vino tinto, que bebe sin cesar y que, sin duda, elimina por los ojos, siempre enrojecidos y llenos de lágrimas que se seca con un pañuelo muy sucio que lleva en el pantalón no menos sucio. El psiquiatra le ha prohibido el alcohol, pero él insiste en su consumo.

La caligrafía de las alineaciones, escritas en su totalidad a mano, a veces resulta ilegible. José sí las entiende, pero es el único; nadie entenderá su letra, sobre todo la de los ocho o diez últimos años, cuando él